

Dime qué comes y te diré quién eres. La protección de la libertad alimentaria religiosa en Italia

CUESTIONES DE PLURALISMO, VOLUMEN 4, NÚMERO 1 (1ER SEMESTRE 2024)

31 DE ENERO DE 2024

DOI: <https://doi.org/10.58428/yopx9366>

Por [Daniela Milani](#)

Al igual que en España, en Italia, el derecho a alimentarse de acuerdo con las prescripciones religiosas está protegido por la Constitución y requiere una protección adecuada siempre que los fieles, estando dentro de escuelas, prisiones, hospitales o cuarteles, dependan de la administración pública para el suministro de comidas.

[LEER ARTÍCULO EN ITALIANO >](#)



"Dis-moi ce que tu manges et je te dirai qui tu es". Así escribía Jean-Anthelme Brillat-Savarin a principios del siglo XIX en su *Physiologie du goût, ou méditations de gastronomie transcendante*. Quizá sea menos conocido el aforismo "Les animaux se repaissent ; l'homme mange ; l'homme d'esprit seul sait manger" del mismo autor.

Ambos aforismos tienen el mérito de superar la idea de que los alimentos son un mero conjunto de nutrientes. Términos como hidratos de carbono, proteínas, grasas, vitaminas, minerales o agua, revelan poco, o nada, sobre los alimentos que ingerimos. Mucho más nos dicen de ellos los sentidos, los recuerdos, las tradiciones. Basta pensar en el valor simbólico del néctar y la ambrosía en la mitología; el significado del pan, del vino y del pescado para el cristianismo; o lo que representan las hierbas amargas, los huevos duros y el cordero para la fiesta judía de *Pésaj*.

Gracias a su valor simbólico, la alimentación contribuye a definir la identidad de las personas y, en algunos casos, incluso, su pertenencia a determinadas comunidades que se reconocen en la aplicación de un código alimentario común. Este no es el caso de la Iglesia católica que, entre las religiones del Libro, se distingue quizás precisamente por el hecho de que no impone ninguna prescripción particular, con la excepción fundamental de tres casos: la abstinencia de carne o de otros alimentos todos los viernes del año (excepto cuando coinciden con una solemnidad) según las disposiciones adoptadas por las Conferencias Episcopales; el ayuno que debe observarse el Miércoles de Ceniza y el Viernes de Pasión ([can. 1251 CIC](#)); así como el ayuno de la Eucaristía que debe practicarse al menos una hora

antes de la comunión ([c. 919 CIC](#)). Por lo tanto, el ayuno, que en la Edad Media era sinónimo de penitencia, asume hoy, en otras palabras, un significado residual circunscrito sobre todo a determinados momentos litúrgicos.

Lo contrario ocurre en los otros dos monoteísmos -el judaísmo y el islam- que están unidos por la observancia de prohibiciones, así como de normas de preparación y conservación. El término *kashrut* (adecuado, conforme, apropiado) indica en el judaísmo el conjunto de reglas aplicables a los alimentos. Estas reglas distinguen los alimentos puros (*kosher*) de los impuros (*taref*): los primeros son aptos para el consumo, los segundos están estrictamente prohibidos, como la carne de cerdo. Lo mismo ocurre en el islam, donde se distingue entre alimentos lícitos (*halal*) y alimentos ilícitos (*haram*). Además de las prohibiciones absolutas, también existen prohibiciones relativas que impiden a judíos y musulmanes consumir alimentos -aunque sean lícitos- en determinados momentos del año, como durante el ayuno de Yom Kipur, para los primeros, o durante el Ramadán, para los segundos.

Igualmente existen, como se ha dicho, normas que regulan la preparación y conservación de los alimentos. Entre las normas de preparación podemos incluir en primer lugar las que rigen el sacrificio ritual, una práctica común a judíos y musulmanes. Luego están las destinadas a evitar la contaminación entre alimentos puros e impuros. Por último, en el caso específico del judaísmo, la prohibición de mezclar carne y leche en las distintas preparaciones; prohibición que afecta también a la vajilla, los utensilios y los aparatos utilizados en la cocina para estos alimentos.

Al observar la prohibición de mezclar carne y leche, la prohibición de comer sangre, la obligación de consumir sólo carne sacrificada ritualmente, o tal vez la obligación de adoptar una dieta exclusivamente vegetariana, el creyente -además de reforzar los lazos de pertenencia a su comunidad de fe- demuestra su integridad. Lo mismo ocurre cuando uno se abstiene de comer, individual o colectivamente, en los momentos y formas establecidos por el código dietético de su creencia. Si la violación de un hábito cultural puede, en el peor de los casos, producir repugnancia, la transgresión de un precepto religioso, sea una recomendación o una prohibición, tiene consecuencias mucho más graves para el creyente, dañando no tanto su cuerpo como su espíritu. Cuando esto sucede, la observancia de las prescripciones dietéticas religiosas se convierte, como ha observado el Tribunal Europeo de Derechos Humanos ([Jakóbski c. Polonia, de 7 de marzo de 2011](#); [Vartic c. Romenia, de 10 de octubre de 2012](#); [Erich e Kastro c. Romenia, de 9 de septiembre de 2020](#); [Neagu c. Romenia, de 10 de noviembre de 2020](#) y [Saran c. Romenia, de 10 de febrero de 2021](#)), en una práctica de culto adscribible al ejercicio del derecho fundamental de libertad religiosa. Por lo tanto, es comprensible cómo, en sociedades multirreligiosas, la observancia de estos códigos dietéticos puede plantear problemas de protección del derecho a la libertad religiosa cuando los fieles, al encontrarse en escuelas, prisiones, hospitales o cuarteles, dependen de la administración pública para el suministro de comidas.

Como en [España](#), también en Italia el derecho a alimentarse respetando las prescripciones

religiosas está protegido por la Constitución ([art. 19](#)) como práctica de culto conectada al ejercicio de la libertad religiosa ([Casación Penal - Sec. I, sentencia n. 41474 de 2013](#)). La cuestión es tan relevante que el acuerdo entre el Estado italiano y la Unión de Comunidades Judías se ocupa de garantizar tanto el derecho a practicar el sacrificio ritual ([art. 6, l. 101/89](#)), ya garantizado unilateralmente en el ordenamiento jurídico italiano por el [Decreto Ministerial núm. 168 de 1980](#), como la posibilidad de que los judíos empleados en la policía o en las fuerzas armadas, o internados en hospitales y residencias de mayores o, incluso, en instituciones penitenciarias, observen, a petición suya y con la asistencia de la comunidad competente, las prescripciones dietéticas judías sin cargo para el Estado ([art. 7, l. 101/89](#)).

Probablemente se habrían esperado disposiciones similares en los acuerdos que se estipularon posteriormente con la Unión Budista Italiana, la Unión Hindú Italiana Sanatana Dhamma Samgha, la Santa Archidiócesis Ortodoxa de Italia y el Exarcado para el Sur de Europa, así como, más recientemente, con el Instituto Budista Italiano Soka Gakkai. De hecho, es bien sabido que budistas, hinduistas y ortodoxos también observan prescripciones religiosas y ayunos rituales. Sin embargo, no ha sido así y, desde este punto de vista, la condición de los fieles pertenecientes a estas confesiones es totalmente comparable a la de las confesiones sin acuerdo, entre ellas el Islam. Para todos estos creyentes, la protección de la libertad religiosa en la escuela, en el hospital, en la cárcel y en los cuarteles, así como, de manera más general, de la libertad de conciencia y de convicción, se deja, en otras palabras, a la normativa unilateral del Estado o a la disciplina de los demás organismos públicos competentes en cada momento. La cuestión se vuelve especialmente delicada cuando personas que profesan distintas confesiones se encuentran compartiendo un mismo espacio público. Es el caso, en particular, de las escuelas, las prisiones y, cada vez más, los hospitales.

De hecho, los menús preparados para los comedores escolares, los comedores penitenciarios y los comedores hospitalarios en Italia incluyen ahora de forma constante, junto a las dietas por motivos de salud, dietas ético-religiosas que pueden excluir de vez en cuando, a petición del interesado o de su tutor, la carne en sentido absoluto, el cerdo, la carne de vacuno y de cerdo, la carne y el pescado o cualquier alimento de origen animal. Tales dietas, sin embargo, rara vez garantizan la alimentación con carne sacrificada ritualmente. La cuestión no es irrelevante porque, como señaló el [Comité Nacional de Bioética](#) en un dictamen emitido hace unos años, una cosa es garantizar el derecho a no ingerir alimentos contrarios a las propias convicciones o creencias y otra muy distinta poder alimentarse de forma plenamente conforme con las propias convicciones consumiendo, por ejemplo, carne sacrificada ritualmente.

Evaluar si es posible, pero sobre todo cómo pasar de un nivel mínimo (mera prohibición del consumo) a un nivel máximo de garantía de las convicciones éticas y religiosas en materia alimentaria (cumplimiento total de las prescripciones), con la ambición de aspirar a un modelo de gestión inclusivo respetando las diferencias, es sin embargo una empresa difícil. Tanto más difícil si consideramos el contexto en el que nos movemos, en el que coexisten

diversas variables y otras tantas complicaciones directamente vinculadas, aunque no exclusivamente, a la creciente complejidad de las sociedades multiculturales y multirreligiosas. El derecho al respeto de las convicciones éticas y religiosas en materia alimentaria se convierte así en una prueba de fuego para examinar el ejercicio de la libertad de conciencia y de religión en un sistema, como el italiano, que sólo a principios de los años ochenta parecía monolíticamente basado en una demografía religiosa de clara impronta judeocristiana, por no decir exclusiva.

En este nuevo escenario, establecer cómo pasar de un nivel mínimo de garantía, que podríamos identificar en el suministro de alimentos no conformes (menú tolerante), a un nivel máximo, que estaría representado en cambio por el suministro de alimentos conformes (menú inclusivo), requiere reflexiones más generales. ¿Quién debe asumir los costes jurídicos, organizativos, económicos y sociales de tal elección? ¿Cuál es la relación entre el ejercicio del derecho a la libertad religiosa y el acceso a los servicios educativos y sanitarios? ¿O el ejercicio de la libertad religiosa de los presos con el tratamiento reeducativo al que tienen derecho, que incluye también la profesión de culto? Pero, sobre todo, ¿a qué modelo de gestión del pluralismo cultural y religioso aspiramos? ¿Indiferencia, neutralidad, asimilación o inclusión con respeto a las diferencias?

La opción por un modelo inclusivo que promueva el pluralismo respetando las diferencias dice mucho del paso de una concepción negativa de los derechos de libertad, con un enfoque totalmente liberal, a otra positiva de promoción de los mismos derechos. Este cambio, además, se ve corroborado en el ordenamiento jurídico italiano por la [sentencia n.º 203/1989 del Tribunal Constitucional](#), en la que se especifica el carácter promocional de la "laicidad italiana", que no "implica (...) indiferencia por parte del Estado frente a las religiones, sino garantía por parte del Estado de salvaguardar la libertad religiosa, en un régimen de pluralismo confesional y cultural".

Sin embargo, no puede decirse que el compromiso del Estado italiano de garantizar la observancia de las normas dietéticas religiosas, como expresión de la libertad de convicción y de religión, sea incondicional. Como cualquier otro derecho, el que nos ocupa también debe compararse con los derechos de los demás, así como -cada vez en mayor medida- con las limitaciones impuestas por el coste de los propios derechos. Evaluaciones cuya complejidad crece en proporción directa a la amplitud de la protección que debe concederse. La respuesta a esta pregunta, más que de técnica jurídica o de buena administración, es política y -como anticipaba- dice mucho del modelo de convivencia social que se pretende alcanzar. Pero, sobre todo, nos invita a adoptar una visión de conjunto que nos obliga a considerar la alimentación no tanto como el punto de llegada, sino como el punto de partida de una reflexión más general sobre la gestión de la diversidad religiosa. Un elemento irrenunciable de este razonamiento es el principio de dignidad, que la Constitución italiana declina en clave personalista ([art. 2](#)) y social, garantizando la igualdad en términos no sólo formales, sino también sustanciales ([art. 3](#)). Esta dignidad también debe protegerse y promoverse contra el riesgo de discriminación, pero siempre respetando los derechos de los

demás.

Igualmente, indispensable, para una visión de conjunto, es también considerar el contexto en el que se declina la observancia de las convicciones ético-religiosas en materia de alimentación. En efecto, es evidente que hablar de alimentación en las escuelas, las prisiones o los hospitales induce a abordar el tema de la alimentación desde perspectivas diferentes que pueden contribuir a articular mejor la respuesta a las cuestiones planteadas por el pluralismo cultural y religioso. Educar para la diversidad (escuelas), redescubrir el sentido de la convivencia y la legalidad (prisiones), cuidar del bienestar de los cuerpos sin olvidar el espíritu (hospitales), son elementos con los que hay que tratar para no detenerse en lo particular. Tampoco son los únicos. Si ampliamos la mirada nos damos cuenta de que el tema de la alimentación va de la mano de otras cuestiones, igualmente relacionadas con el respeto de la libertad religiosa en los mismos contextos. Pensamos en la ropa, la educación, los programas escolares, los manuales de estudio, la reeducación de los presos, los símbolos, los tratamientos sanitarios, etc.

Visto desde este ángulo, el respeto de las normas dietéticas religiosas acaba siendo sólo una, entre muchas piezas, de un mosaico más articulado y complejo que, si no quiere perder ninguna de sus piezas por culpa de políticas inciertas y contradictorias, debe esforzarse por no pasar por alto todas las cuestiones implicadas. La oferta de dietas ético-religiosas en la escuela debería ir acompañada, por ejemplo, de una reflexión sobre el contenido de los libros de texto o la enseñanza de la religión. Quizás también potenciando el recurso, cuando sea factible, a las prácticas de la democracia participativa, que por su propia naturaleza son propicias para tender puentes, favorecer procesos de conocimiento mutuo y de posible integración. Incluso en materia religiosa, el recurso a estas prácticas puede contribuir a mejorar la calidad de las políticas públicas a través de la búsqueda de soluciones lo más compartidas posible, desarrolladas a partir de una confrontación constructiva que, aunque no termine con la aceptación por parte del responsable político de las pretensiones de las partes interesadas, no deja de ser pertinente como método que contribuye a mejorar la tolerancia y la comprensión mutua.

CÓMO CITAR ESTE ARTÍCULO

Milani, Daniela, "Dime qué comes y te diré quién eres. La protección de la libertad alimentaria religiosa en Italia", *Cuestiones de Pluralismo*, Vol. 4, nº1 (primer semestre de 2024). <https://doi.org/10.58428/YOPX9366>

≡ PARA PROFUNDIZAR

- Bottoni Rossella (2010). "La macellazione rituale nell'Unione europea e nei paesi membri:

profili giuridici". *Il Diritto ecclesiastico*, 121 (1-2), 111-129.

- Chizzoniti, Antonio G. (2015). *Cibo, Religione e Diritto. Nutrimento per il corpo e per l'anima*. Tricase: Libellula Edizioni.
- Giorda, Maria Chiara y Bossi, Luca (2016). "Mense scolastiche e diversità religiosa. Il caso di Milano". *Stato, Chiese e pluralismo confessionale* 24, 1-40.
<https://doi.org/10.13130/1971-8543/7319>
- Milani, Daniela (2013). "Partecipazione e religione: strumenti e percorsi per una governance condivisa". En Castro Jover, Adoración (Dir.), *Diversidad religiosa y gobierno local. Marco jurídico y modelos de intervención en España e Italia*, Cizur Menor (Navarra): Thomson Reuters Aranzadi, 207-237.

DIMMI CIÒ CHE MANGI E TI DIRÒ CHI SEI. LA TUTELA DELLA LIBERTÀ RELIGIOSA ALIMENTARE IN ITALIA

Come in Spagna anche in Italia il diritto di alimentarsi nel rispetto di prescrizioni religiose trova tutela della Costituzione ed esige adeguata tutela ogni qual volta i fedeli, trovandosi all'interno di scuole, carceri, ospedali o caserme dipendono dall'amministrazione pubblica per la somministrazione dei pasti.

"Dis-moi ce que tu manges et je te dirai qui tu es". Così scriveva Jean-Anthelme Brillat-Savarin agli inizi dell'Ottocento nella sua *Physiologie du goût, ou méditations de gastronomie transcendante*. Forse meno noto è dello stesso autore l'aforisma "Les animaux se repaissent ; l'homme mange ; l'homme d'esprit seul sait manger".

Entrambi questi aforismi hanno il pregio di sgombrare il campo dall'idea che il cibo sia solamente un insieme di principi nutritivi. Carboidrati, proteine, grassi, vitamine, minerali e acqua svelano, in altre parole, poco o nulla degli alimenti che ingeriamo. Molto di più ci dicono i sensi, i ricordi, le tradizioni. Basti pensare al valore simbolico che il nettare e l'ambrosia hanno assunto nella mitologia; al significato che il pane, il vino e il pesce rivestono per il cristianesimo; o ancora a ciò che rappresentano le erbe amare, le uova sode e l'agnello per la festa ebraica di *Pesach*.

Grazie alla sua valenza simbolica il cibo contribuisce a definire l'identità delle persone e in taluni casi anche l'appartenenza a determinate comunità che si riconoscono nell'applicazione di un comune codice alimentare. Non è questo il caso della chiesa cattolica che, fra le religioni del Libro, si contraddistingue forse proprio per il fatto di non imporre prescrizioni

particolari, fatti salvi fondamentalmente tre casi: l'astinenza dalle carni o da altro cibo in tutti i venerdì dell'anno (eccetto che coincidano con una solennità) a norma delle disposizioni assunte delle Conferenze episcopali; il digiuno da osservare il mercoledì delle Ceneri e il venerdì della Passione ([can. 1251 cic](#)); nonché il digiuno eucaristico che va praticato almeno un'ora prima di comunicarsi ([can. 919 cic](#)). Il digiuno, che in epoca medievale è stato sinonimo di penitenza, assume, in altre parole, oggi una portata residuale per lo più confinata all'interno di determinati momenti liturgici.

Diversamente accade, negli altri due monoteismi – ebraismo e islam – che sono viceversa accomunati dall'osservanza di divieti, nonché norme di preparazione e di conservazione. Con il termine *kascherùt* (adatto, conforme, opportuno) si indica nell'ebraismo l'insieme delle norme applicabili in materia alimentare. Tali norme distinguono i cibi puri (*kashèr*) da quelli impuri (*tarèf*): i primi idonei al consumo, i secondi rigorosamente vietati, come la carne di maiale. Lo stesso avviene nell'islam dove si registra una distinzione fra cibi leciti (*ḥalāl*) e cibi illeciti (*ḥarām*). Ai divieti assoluti si aggiungono poi dei divieti relativi che impediscono a ebrei e musulmani di consumare alimenti – ancorché leciti – in determinati momenti dell'anno, come durante il digiuno di Yom Kippur, per i primi, o in occasione del Ramadan, per i secondi.

Vi sono poi, si diceva, norme che regolano la preparazione e la conservazione degli alimenti. Fra le norme di preparazione possiamo anzitutto annoverare quelle che disciplinano la macellazione rituale, pratica comune a ebrei e musulmani. E ancora quelle preordinate a impedire la contaminazione tra cibi puri e impuri. Infine, nel caso specifico dell'ebraismo, il divieto di mescolare fra loro carne e latte nelle diverse preparazioni; divieto che colpisce anche stoviglie, utensili ed elettrodomestici usati in cucina per questi alimenti.

Osservando la proibizione di mescolare carne e latte tra loro, il divieto di cibarsi del sangue, l'obbligo di consumare solo carne macellata ritualmente, o magari quello di abbracciare una dieta esclusivamente vegetariana, il credente – oltre a rinforzare i vincoli di appartenenza alla propria comunità di fede – dà prova della sua integrità. Parimenti avviene quando si astiene dal cibo, individualmente o collettivamente, nei tempi e nei modi stabiliti dal codice alimentare del proprio credo. Se la violazione di una abitudine culturale può, nel peggiore dei casi produrre disgusto, la trasgressione di un precetto religioso, sia esso una raccomandazione o un divieto, ha per il credente conseguenze ben più gravi, nuocendo non tanto al suo corpo quanto al suo spirito. Quando questo avviene l'osservanza delle prescrizioni religiose alimentari diventa, come osservato dalla Corte europea dei diritti dell'uomo ([Jakóbski c. Polonia, de 7 de marzo de 2011](#); [Vartic c. Romania, de 10 de octubre de 2012](#); [Erlich e Kastro c. Romania, de 9 de septiembre de 2020](#); [Neagu c. Romania, de 10 de noviembre de 2020](#) y [Saran c. Romania, de 10 de febrero de 2021](#)), una pratica di culto ascrivibile all'esercizio del diritto fondamentale di libertà religiosa. Si comprende pertanto come nelle società pluri religiose l'osservanza di questi codici alimentari possa sollevare questioni di tutela del diritto di libertà religiosa ogni qual volta i fedeli, trovandosi all'interno di scuole, carceri, ospedali o caserme dipendono dall'amministrazione pubblica per la

somministrazione dei pasti.

Così come in [Spagna](#) anche in Italia il diritto di alimentarsi nel rispetto di prescrizioni religiose trova tutela della Costituzione ([art. 19](#)), in quanto pratica di culto connessa all'esercizio della libertà di religione ([Cassazione Penale – Sez. I, sent. n. 41474 del 2013](#)). La questione è così rilevante che l'intesa tra lo Stato italiano e l'Unione delle Comunità ebraiche si premura di garantire in via pattizia sia il diritto di praticare la macellazione rituale ([art. 6, l. 101/89](#)), già unilateralmente assicurato nell'ordinamento giuridico italiano dal [decreto ministeriale n. 168 del 1980](#), sia la possibilità per gli ebrei, che sono impiegati nella polizia o nelle forze armate, o sono degenti in ospedali e case di cura o ancora detenuti negli istituti di pena, di osservare, a loro richiesta e con l'assistenza della comunità competente, le prescrizioni ebraiche in materia alimentare senza oneri per lo Stato ([art. 7, l. 101/89](#)).

Analoghe disposizioni ci si sarebbe probabilmente aspettati nelle intese che sono state successivamente stipulate con l'Unione Buddhista italiana, L'Unione induista italiana Sanatana Dhamma Samgha, la Sacra Arcidiocesi Ortodossa d'Italia ed Esarcato per l'Europa Meridionale, nonché, più di recente, con Istituto Buddista Italiano Soka Gakkai. È noto infatti che anche buddhisti, induisti e ortodossi osservano prescrizioni religiose e digiuni rituali. Così invece non è stato e, da questo punto di vista la condizione dei fedeli che appartengono a tali confessioni è del tutto assimilabile a quella delle confessioni senza intesa, non ultima l'islamica. Per tutti questi fedeli la tutela della libertà religiosa alimentare a scuola, in ospedale, in carcere e nelle caserme, così come, più in generale, della libertà di coscienza e di convinzione è rimessa in altre parole alla normativa unilaterale dello Stato o alla disciplina degli altri enti pubblici di volta in volta competenti. La questione si fa particolarmente delicata là dove persone che professano diverse fedi si trovano a condividere lo stesso spazio pubblico. È quanto avviene in particolare nelle scuole, in carcere e, sempre di più, negli ospedali.

Di fatto i menù predisposti per le mense scolastiche, il vitto in carcere e le mense degli ospedali italiani contemplan ormai stabilmente, accanto alle diete per motivi di salute anche diete etico-religiose che possono di volta in volta escludere, su richiesta dell'interessato o di chi ne fa le veci, la carne in senso assoluto, la carne di maiale, quella bovina e suina, la carne e il pesce o qualsiasi alimento di origine animale. Tali diete assicurano però raramente la somministrazione di carne macellata ritualmente. La questione non è irrilevante perché, come ha osservato il [Comitato Nazionale di Bioetica](#) in un parere formulato ormai qualche anno fa, una cosa è assicurare il diritto di non ingerire alimenti contrari alle proprie convinzioni o al proprio credo, altra il diritto di potersi alimentare in modo pienamente conforme alle proprie convinzioni consumando, per esempio, carne macellata ritualmente.

Valutare se, ma soprattutto, come passare da un livello minimo (mero divieto di consumo) a un livello massimo di garanzia delle convinzioni etiche e religiose in materia alimentare (totale osservanza delle prescrizioni), con anche l'ambizione di fare inclusione nel rispetto delle differenze, è comunque un'impresa difficile. Tanto più ardua se guardiamo al contesto

in cui operiamo, dove convivono diverse variabili e altrettante complicazioni direttamente, anche se non esclusivamente, legate alla crescente complessità delle società multiculturali e plurireligiose. Il diritto al rispetto delle convinzioni etiche e religiose in materia alimentare diventa così un banco di prova per guardare all'esercizio della libertà di coscienza e di religione in un ordinamento, come quello italiano, che soltanto all'inizio degli anni Ottanta sembrava monoliticamente fondato su una demografia religiosa di chiara, se non esclusiva, impronta ebraico-cristiana.

In questo nuovo scenario stabilire come passare da un livello minimo di garanzia, che potremmo identificare nell'offerta di cibo non difforme (menù tollerante), ad un livello massimo che sarebbe rappresentato invece dalla somministrazione di cibo conforme (menù inclusivo), esige riflessioni di ordine più generale. Chi deve sostenere i costi giuridici, organizzativi, economici e sociali di tale scelta? In quale rapporto stanno fra loro l'esercizio del diritto di libertà religiosa e l'accesso alle prestazioni educative e sanitarie? O ancora l'esercizio della libertà religiosa dei detenuti con il trattamento rieducativo cui hanno diritto, che include anche la professione del culto? Ma soprattutto, a quale modello di gestione del pluralismo culturale e religioso aspiriamo? Indifferenza, neutralità, assimilazione, o inclusione nel rispetto delle differenze?

L'opzione per un modello inclusivo che promuova il pluralismo nel rispetto delle differenze dice molto del passaggio da una concezione negativa dei diritti di libertà, di impostazione tutta liberale, ad una positiva di promozione dei medesimi diritti. Tale passaggio è peraltro avvalorato nell'ordinamento giuridico italiano dalla [sentenza della Corte costituzionale n. 203/1989](#) con cui si è precisata l'indole promozionale della "laicità italiana", che non «implica (...) indifferenza dello Stato dinanzi alle religioni ma garanzia dello Stato per la salvaguardia della libertà di religione, in regime di pluralismo confessionale e culturale».

L'impegno dello Stato italiano a garantire l'osservanza delle regole religiose alimentari, in quanto espressione della libertà di convinzione e di religione, non può dirsi peraltro incondizionato. Al pari di ogni altro diritto anche quello in esame deve confrontarsi con i diritti degli altri, nonché – in misura sempre maggiore – con i vincoli imposti dal costo dei diritti stessi. Valutazioni, la cui complessità cresce in misura direttamente proporzionale all'ampiezza della tutela che si vuole accordare. La risposta a tale quesito, più che di tecnica giuridica o di buona amministrazione, è di ordine politico e – come anticipavo – dice molto del modello di convivenza sociale che si intende realizzare. Ma soprattutto ci invita ad assumere una visione di insieme che impone di considerare il cibo non tanto come il punto di arrivo, ma come il punto di partenza per una riflessione più generale sulla gestione della diversità religiosa. Elemento irrinunciabile di questo ragionamento è il principio di dignità che la Costituzione italiana declina in chiave personalista ([art. 2](#)) e sociale, garantendo l'uguaglianza in termini non solo formali ma anche sostanziali ([art. 3](#)). Tale dignità va tutelata e promossa anche contro il rischio di discriminazioni, ma pur sempre nel rispetto del diritto degli altri.

Altrettanto irrinunciabile, per una visione di insieme, è inoltre considerare il contesto nel quale il tema dell'osservanza delle convinzioni etico religiose in materia alimentare viene a essere declinato. È infatti evidente che parlare di alimentazione a scuola, nelle carceri o negli ospedali induce ad affrontare il tema del cibo da prospettive differenti che possono contribuire a meglio articolare la risposta alle questioni sollevate dal pluralismo culturale e religioso. Educare alla diversità (scuola), ritrovare il senso di convivenza e legalità (carceri), prendersi cura del benessere dei corpi senza dimenticare lo spirito (ospedali), sono altrettanti elementi con cui confrontarsi per non fermarsi al particolare. Fra l'altro neanche i soli. Se allarghiamo lo sguardo ci accorgiamo che il tema del cibo va di pari passo con altre questioni, ugualmente connesse al rispetto della libertà religiosa negli stessi contesti. Pensiamo all'abbigliamento, all'educazione, ai programmi scolastici, ai manuali di studio, alla rieducazione dei detenuti, ai simboli, ai trattamenti sanitari e così via.

Visto da questa angolatura, il rispetto delle regole religiose alimentari finisce con l'essere soltanto una, fra le molteplici tessere, di un mosaico più articolato e complesso, che se non vuole smarrire qualcuna delle sue tessere a causa di politiche incerte e contraddittorie deve sforzarsi di non tralasciare tutte le questioni coinvolte. La previsione di diete etico-religiose a scuola dovrebbe, per esempio, andare di pari passo con una riflessione sui contenuti dei manuali di studio o sull'insegnamento della religione. Magari, valorizzando anche il ricorso, là dove percorribile, alle pratiche di democrazia partecipativa, che per loro natura sono portate a costruire ponti, favorendo processi di mutua conoscenza e di possibile integrazione. Anche in materia religiosa il ricorso a queste pratiche può infatti contribuire a migliorare la qualità delle politiche pubbliche attraverso la ricerca di soluzioni il più possibile condivise, maturate a partire da un confronto costruttivo che, quand'anche non si concluda con l'accoglimento da parte del decisore politico delle pretese avanzate dagli interessati, rileva comunque in quanto metodo che concorre a migliorare la tolleranza e la comprensione reciproca.



[Daniela Milani](#)